

nas clientes vinieron, miraron aquellas señoritas llenas de sudor y se fueron sin comprar nada. Todo bostezaba allí bajo las soñolientas miradas de los hermosos ojos de la señora Aurelia. Por fin, á las tres, viéndola Dionisia adormecida, desfiló dulcemente y atravesó con aire ocupado el almacén. Para desorientar á los curiosos que pudieran seguirla con la mirada, en lugar de bajar directamente á la seda se dirigió primeramente á las puntillas, habló con Deloche y le pidió unas señas; en seguida, en el cuarto bajo atravesó los talleres y llegó á las corbatas, cuando sorprendida y sobresaltada se detuvo. Juan estaba delante de ella.

— ¡Cómo! ¿eres tú? — murmuró palideciendo.

Llevaba la blusa del trabajo y descubierta la cabeza, con los rubios cabellos desordenados, cuyos rizos caían sobre su cutis de mujer. De pié ante un escaparate de estrechas corbatas negras, parecía reflexionar profundamente.

— ¿Qué haces ahí? — volvió á preguntar Dionisia.

— ¡Diantre! — respondió él — ¡esperarte!.. ¡tú me has prohibido venir! Ahora ya he entrado, pero no he dicho nada á nadie. ¡Oh! puedes estar tranquila, no aparentes conocerme si así te place.

Dos dependientes los miraban con aire extrañado. Juan bajó la voz.

— ¿Sabes? Ella ha querido acompañarme; sí, está ahí, en la plaza, junto á la fuente... Dame pronto los quince francos, ó somos descubiertos: ¡tan verdad como el sol que nos alumbrá!

Entonces Dionisia perdió la serenidad. Si alguno oyera tal aventura, ¡cómo se burlaría! Delante del escaparate de corbatas se abría en el suelo una escalera del sótano, por la que hizo bajar á su hermano empujándole vivamente. Abajo Juan continuó su historia, confuso, turbado, rebuscando hechos y temiendo no ser creído.

— El dinero no es para ella, que ya sabes es muy distinguida... y su marido, ¡ah! ¡bastante le importan á su marido quince francos! Ni por un millón autorizaría él á su mujer... Es un fabricante de coña, ¿no te lo he dicho? personas muy bien acomodadas... No, es para una glotona, una amiga suya que nos ha visto; y ya ves, si no le doy los quince francos, esta noche...

— ¡Calla! — murmuró Dionisia. — Márchate en seguida...

Los dos habían bajado hasta el departamento del servicio de la casa. La holganza de aquella máquina parada adormecía la vasta cueva iluminada con la pálida luz de sus respiradores. Hacía frío,

todo se hallaba silencioso. Tan sólo un muchacho tomaba de un departamento algunos paquetes destinados al cuartel de la Magdalena; sobre la gran mesa de géneros escogidos Campion, el jefe de servicio, se hallaba sentado, balanceando sus piernas colgantes y con la mirada alerta.

Juan volvió á empezar.

— El marido, que usa un enorme cuchillo...

— ¡Véte! — repetía Dionisia, sin dejar de empujarle.

Siguieron uno de los corredores estrechos, donde lucía el gas día y noche. Á derecha é izquierda, en el fondo de oscuras cuevas, los encargados de la recepción de fardos amontonaban el género en las sombras, tras de las empalizadas. Por fin, ella se detuvo junto á una de esas paredes de madera. Sin duda nadie vendría; pero el bajar allí estaba prohibido y sentía miedo.

— Si esta glotona habla — prosiguió Juan — el marido, que tiene un terrible cuchillo...

— ¿De dónde quieres tú que saque yo los quince francos? — exclamó Dionisia desesperada. — ¿No puedes nunca ser juicioso? ¡Te suceden unas cosas tan extrañas!

Juan se golpeaba el pecho. En medio de los cuentos que inventaba, él mismo no sabía la verdad exacta. Ponia en forma de drama sus necesidades de dinero, pero en el fondo habia de cierto alguna necesidad inmediata.

— Por lo más sagrado, esta vez te aseguro que es mucha verdad... Yo la tenía así, ella me abrazaba y...

Dionisia le hizo callar de nuevo, y enojada, sufriendo, le llevó al fin del corredor.

— No quiero saberlo. Guarda para ti tu mala conducta. Eso es muy vil, ¿lo oyes?... No me atormentes continuamente, me mato para darte piezas de cien sueldos. Sí, yo paso en vela las noches... y tú no haces más que quitar el pan de la boca de tu hermano.

Juan se quedó pálido, con la boca abierta. ¡Cómo! ¿él era vil? No lo creía; siempre habia tratado á su hermana como á un camarada, y le parecia muy natural desahogar su corazón. Lo que sobre todo le admiraba más era saber que su hermana pasaba las noches en vela. La idea de que él la mataba y de que comía la parte de Pepé le trastornaba de tal modo, que rompió á llorar.

— Tienes razón, soy un miserable — exclamó — pero no un vil, no: al contrario; mira por qué se empieza siempre... Ella lo tomó á risa, porque, ya ves, tiene veinte años, y yo dieci-

siete... ¡Dios mio, estoy furioso contra mí! ¡Me daría de cachetes! Juan tenía entre sus manos las de su hermana y las cubría al mismo tiempo de besos y lágrimas.

— Dame los quince francos, será la última vez, te lo juro... Y si no, no; no me des nada, prefiero morir. Si el marido me asesina, te verás libre de mí.

Al verla llorar tuvo remordimientos.

— Aunque digo eso, no lo aseguro. ¡Quién sabe! ¡tal vez él no quiera matar á nadie!.. Ya nos arreglarémos, te lo prometo, hermanita. Adios, me voy.

Al extremo del corredor se oyó un ruido de pasos que les alarmó. Dionisia atrajo á su hermano junto á la empalizada, á un rincón oscuro. Durante un instante sólo oyeron el silbido de un mechero de gas que tenían cerca. Despues los pasos se aproximaron, y alargando ella la cabeza reconoció al inspector Jouve, que acababa de entrar en el corredor, erguido segun costumbre. ¿Pasaba por casualidad? ¿Le habria avisado algun centinela apostado en la puerta? Tal temor se apoderó de ella, que creyó perder el sentido; sacó á Juan fuera de las tinieblas en que se ocultaban, y le echó delante de ella, balbuceando:

— ¡Véte! ¡véte!

Los dos corrieron, oyendo los resoplidos de Jouve, que se habia puesto igualmente á correr. Atravesaron de nuevo el servicio de reexpediciones y llegaron al pié de la escalera, cuya vidriera desembocaba á la calle de la Michodiére.

— ¡Véte! — repetía Dionisia — ¡véte!.. si puedo te enviaré en seguida los quince francos.

Juan, aturdido, escapó. El inspector, que llegó sin aliento, sólo pudo ya distinguir una punta de blusa blanca y los bucles de cabellos rubios que el aire de la calle agitó. Se detuvo un momento para respirar y recobrar su gravedad habitual. Llevaba una corbata blanca y nueva, tomada del departamento de lencería, cuyo ancho nudo resplandecía como la nieve.

— Muy bien, señorita, está muy bien — dijo con labios temblorosos. — Si, está bien, muy bien. ¿Creeréis que voy á tolerar esas cosas en la cueva?

Diciendo todo esto subía tras de ella, que llegó al almacén ahogada por la emocion, sin encontrar una palabra con qué disculparse. Cada vez se hallaba más contrariada por haber corrido. ¿Por qué no habia presentado á su hermano y dado explicaciones?

Ahora cualquiera la juzgaria ofensivamente, de nada le serviría jurar, no sería creída. Olvidando una vez más á Robineau, entró directamente en el mostrador.

Sin detenerse, Jouve fué á la Direccion para contar el suceso. El mozo de servicio le dijo que el director estaba con M. Bourdoncle y M. Robineau en conversacion hacia un cuarto de hora. La puerta estaba entreabierta, y se oía á Mouret preguntar alegremente á Robineau si habia pasado bien las vacaciones: no se trataba de una nueva marcha; por el contrario, la conversacion versaba sobre nuevas medidas que habia que tomar en el despacho.

— ¿Deseabais alguna cosa, Jouve? — gritó Mouret. — Pasad adelante.

Pero su instinto advirtió al inspector. Vió salir á Bourdoncle y prefirió hacerle á él su relato mientras cruzaban la galería de charles los dos juntos, inclinado el uno, hablando muy bajo, y escuchando el otro, sin que su impasible fisonomía dejara ver sus impresiones.

— Está bien — concluyó por decir.

En aquel momento llegaban á las confecciones y entraron. Justamente la señora Aurelia estaba enojada contra Dionisia. ¿De dónde venia ahora? Esta vez no diría que habia subido al taller. Verdaderamente aquellas desapariciones continuas no podían seguir tolerándose.

— ¡Señora Aurelia! — llamó Bourdoncle, decidido á obrar por sí mismo sin consultar con Mouret por temor á una debilidad.

La señora Aurelia se levantó y de nuevo fué contada la historia en voz baja. Todo el personal se hallaba en expectacion, aguardando una catástrofe. Por fin, Aurelia se volvió y dijo con voz solemne:

— Señorita Dionisia...

Y su cara emplastada de afeites tenía la inexorable inmovilidad de la omnipotencia.

— ¡Pasad á la caja!

La terrible frase se oyó muy clara en el despacho, desierto á la sazón de compradores. Dionisia quedó inmóvil, pálida, sin respiracion. Luégo dijo con voz entrecortada:

— ¡Yo, yo!... ¿Por qué?... ¿Qué he hecho yo?

Bourdoncle respondió duramente que ya lo sabía ella, y que haría muy bien en no provocar una explicacion; despues habló

de las corbatas, y dijo que sería muy chocante que todas aquellas señoritas se estuvieran con hombres en el sótano.

— ¡Es mi hermano! — exclamó ella con la dolorosa cólera de una virgen ofendida.

Margarita y Clara se echaron á reír, en tanto que Federica, tan prudente generalmente, alzaba la cabeza con aire incrédulo. ¡Siempre su hermano! ¡Esta disculpa era ya tonta!

Entónces Dionisia miró á todos: Bourdoncle, que desde el primer día no la quería, y Jouve, del cual no esperaba ninguna justicia; aquellas jóvenes, á las que no había podido interesar en nueve meses de valor y dulzura, felices por fin de poderla echar fuera. ¿Á qué defenderse? ¿Á qué tratar de imponerse cuando nadie la quería? Se alejó sin proferir una palabra ni lanzar una mirada postrera á aquel salon donde tan largo tiempo había luchado.

Cuando se vió sola frente al primer tramo de la escalera, vivo dolor la oprimió el corazón. Nadie la quería, y el recuerdo de Mouret acababa de quitarle toda su resignación. ¡No, no! ella no podía aceptar semejante despedida. Tal vez él creería aquella horrible historia de una cita con un hombre en lo más escondido de las cuevas. El pudor la amargaba á esta sola idea, apoderándose de ella una angustia que nunca había sentido. Pensó en buscarle y explicarle todo tal como había pasado, solamente para que lo supiese, porque le era igual el partir despues que él supiera la verdad. Su antiguo miedo, aquel estremecimiento que la helaba en su presencia, desaparecía repentinamente ante el ardiente deseo de verle, de no dejar la casa sin haberle jurado que no había pertenecido á ningun otro.

Eran cerca de las cinco; el almacén parecía revivir con el aire fresco de la tarde. Dirigióse con presteza á la Direccion; pero al llegar á la puerta del gabinete, una desesperada tristeza la invadió de nuevo. Su lengua se anudaba, la existencia la parecía un peso abrumador. El temor de que él no la creyera y se riera como los demás, la hizo vacilar. Mejor era desaparecer y morir. Entónces, sin prevenir á Paulina ni á Deloche, pasó resueltamente á la caja.

— Señorita — dijo el empleado — se os adeudan veintidos días, que hacen un total de diez y ocho francos setenta, á los que hay que añadir siete francos de tanto por ciento y de... ¿Estais conforme con vuestra cuenta?

— Sí, señor; gracias.

Dionisia se alejaba con su dinero, cuando se encontró por fin con Robineau. Ya había dado la vuelta y se prometía volver á reanudar la empresa de las corbatas. La consoló á media voz y se alejó: ¡qué existencia! ¡verse continuamente á merced de un capricho! ¡ser despedida de un momento á otro, sin tener derecho á reclamar el sueldo del mes entero! Subió á prevenir á madame Cabin que enviaria á la noche por su baul. Las cinco daban cuando se encontró en la acera de la plaza Gaillon, aturdida en medio de los coches y la multitud.

Aquella misma noche, al entrar Robineau en su casa, recibió una carta de la Direccion en que le advertian en cuatro líneas que por razones de órden interior se veian forzados á renunciar á sus servicios.

Hacia siete años que estaba en la casa, y aunque había hablado con aquellos señores, la carta le hizo el efecto de un golpe de maza. Hutin y Favier cantaban victoria en el departamento de la seda, como Margarita y Clara en el de las confecciones. ¡Buena limpia! ¡tiros cargados con balas fundidas allí mismo! Solamente Deloche y Paulina, al encontrarse entre los grupos del despacho, cambiaron palabras compasivas recordando á Dionisia; ¡era tan dulce y tan modesta!

— ¡Ah! — decia el jóven — ¡quisiera que lograra volver otra vez aquí para humillar á toda esta gente!

Bourdoncle fué quien en este negocio sufrió el choque violento de Mouret. Irritóse fuertemente al saber la despedida de Dionisia: generalmente no se ocupaba del personal; pero esta vez le afectó ver una usurpación de mando, una tentativa de prescindir de su autoridad. ¿No era el amo? ¿Por qué se atrevia nadie á dar órdenes? Todo debía serle consultado, absolutamente todo, y arrollaria como á una paja á quien le hiciera resistencia. Despues, en un estado nervioso que no era dueño de ocultar, hizo pesquisas por sí mismo y de nuevo volvió á enfurecerse. No mentía aquella pobre muchacha; era ciertamente su hermano; Campion le había reconocido perfectamente. ¿Por qué, pues, haberla despedido? Luégo habló de volverla á llamar.

Sin embargo, Bourdoncle, fuerte en su resistencia pasiva, se doblegaba ante la borrasca y estudiaba á Mouret. Por fin, un día que le vió más calmado, se atrevió á decirle con acento un tanto particular:

— Ha sido mejor para todos que se haya ido.

Mouret quedóse turbado, agolpándosele toda la sangre al rostro.

—Á fe mía, tal vez tengais razon—respondió sonriendo.— Bajad á ver la venta. Va en aumento; ayer se hicieron más de cien mil francos.

VII

Por unos momentos quedó Dionisia aturdida en la calle, bajo el sol abrasador de las cinco de la tarde. El mes de Julio fundía el empedrado. París tiene en su luz del estío deslumbradoras reverberaciones. La catástrofe acababa de ser tan brusca, la habían despedido tan rudamente, que tocando en el fondo de su bolsillo los veinticinco francos setenta céntimos, maquinalmente se preguntaba dónde iba á ir y qué iba á hacer.

Una fila de carruajes la impedía dejar la acera de *La Dicha de las Damas*. Cuando pudo aventurarse entre las ruedas cruzó la plaza Gaillon, como si hubiera querido entrar en la calle de Louis-le-Grand; luégo retrocedió y bajó á la calle de Saint-Roch; pero como no tenía proyecto alguno, se detuvo en la esquina de la calle Neuve-des-Petits-Champs, por la que al fin siguió, despues de haber mirado al rededor suyo con indecision. Llegó al pasaje Choiseul y entró en él; siguió por la calle de Monsigny, y sin darse cuenta de ello fué á dar á la calle Neuve-Saint-Augustin. Su cabeza se aturdió, y al ver á un mozo de cuerda recordó su baul; pero ¿á dónde hacerlo llevar? ¿Tenía todavía casa y lecho donde quedarse aquella noche?

Fijó entónces sus miradas en las casas y examinó sus ventanas. Los anuncios desfilaban y los veía confusamente, agitada sin cesar por aquel estremecimiento interior. Se veía sola, perdida en aquella gran ciudad desconocida, sin apoyo, sin recursos, y sin embargo era preciso comer y dormir. Las calles se sucedian unas á otras; la calle de los Moulins, la de Saint-Anne. Cruzó el barrio en todas direcciones, volviendo siempre á la única calle que conocia. De pronto se detuvo estupefacta, se hallaba de nuevo delante de *La Dicha de las Damas*, y huyendo de allí se lanzó por la calle de la Michodiére.

Felizmente el tío Baudu no estaba en la puerta; *El Viejo El-*